

## **Adultos mayores y prejuicios**

Silvio Marinelli

Tenemos un gran número de estereotipos en relación con los ancianos que a menudo se convierten en prejuicios. Los estereotipos son ideas preconcebidas, rígidas y fijas con respecto a las “categorías” de las personas. Los estereotipos pueden ser positivos o negativos. En lo referente a las personas de la tercera edad prevalecen los negativos: rayan en el prejuicio.

Prejuicios y estereotipos tienen una misma dinámica: las personas que los tienen evitan pensar autónomamente, evitan el esfuerzo de una reflexión personal. Se trata de un modo de ahorrar energías. Todo esto, aún si natural, se revela como una injusticia hacia las personas que se ven puestas en estas casillas de los prejuicios y los estereotipos. A nadie le gusta - tampoco a nosotros - ser encasillados o etiquetados. Existen bastantes estereotipos respecto a las personas adultas mayores.

**La confusión entre la enfermedad y el envejecimiento:** el proceso de envejecimiento no es una patología, sino un proceso natural. No es una enfermedad, aun si así la define Cicerón. El anciano no es un enfermo si no tiene patologías. En este rubro se da por obvio que una persona mayor sufra de pérdida del oído y de la vista; de ahí la tendencia a “gritar” para comunicarnos con ellos. Es un trato degradante y humillante: *¿por qué levantan la voz, si oigo perfectamente?*

La percepción de que **el anciano es como un “niño”**: por eso se le trata con una exagerada dulzura, con términos aptos para los bebés y niños; todos son “abuelitos”, incluso los que no se casaron ni tuvieron hijos.

**La pérdida de la memoria, el deterioro** de los procesos de aprendizaje y en general **de toda la facultad de razonamiento y de inteligencia**. En realidad, muchos ancianos no experimentan ninguno de estos fenómenos. Podríamos preguntarnos: ¿Por qué una persona mayor debería “recordar” con precisión cosas insignificantes, visto que se percibe como “estacionado” en la espera de la muerte? Todos recordamos acontecimientos significativos, en los que hemos tenido un rol protagónico. Si los ancianos no recuerdan, es simplemente porque no hay nada que recordar de su aburrida rutina. Añadamos que la memoria y las “facultades superiores” de los adultos funcionan de manera diferente respecto a una persona joven o un niño: puede ser fácil para este último aprender cosas realmente novedosas; para los adultos hay una complicación, la de tener una estructuración de los “almacenes” de la memoria y una cierta manera de razonar, emitir un juicio y tomar decisiones: tenemos ya “autopistas” preparadas y lo que no entra en nuestros esquemas es difícil de asimilar y valorar. Por ejemplo: puede ser fácil para un ama de casa aprender una nueva receta de cocina: ya tiene muchas habilidades desarrolladas y no le cuesta nada “añadir” otras informaciones y habilidades; pero le puede resultar más difícil aprender a manejar un nuevo celular: es una habilidad que no forma parte de sus conocimientos habituales.

Otro estereotipo es que un anciano **ha perdido la capacidad de amar**. A menudo se confunde el amor con la capacidad sexual. En realidad, la capacidad de amar nunca se acaba, sino que crece con los años, encontrando nuevas y más profundas manifestaciones de afecto y ternura. Esto puede explicar el afecto que muestran hacia sus abuelos muchos jóvenes y muchachos: los ancianos han llegado a ser objeto, destinatarios de este amor con sus actitudes y comportamientos de cariño, es decir, se ganaron este afecto porque, al contrario, no se puede explicar.

**La incapacidad de tomar decisiones importantes:** es una práctica bastante común, en particular cuando una persona mayor se enferma. Antes decidía su vida, ayudaba a los hijos con el cuidado de los

CENTRO SAN CAMILO

VIDA Y SALUD

No. 96 (2018)

nietos, etc. Es suficiente que uno se enferme para que pierda la capacidad de manejar su vida y tomar decisiones: las toman los hijos o quien está al pendiente, dándole un mensaje implícito del tipo: “*No vales mucho, no eres capaz de tomar decisiones apropiadas; yo las tomo en tu lugar*”.

Uno de los estereotipos más comunes afirma que **los ancianos son todos iguales**. En realidad, sucede lo contrario: a más camino de vida andado, más se acentúan las diferencias. Podríamos decirlo con una imagen; es la “ley del agave”: cuando la planta es pequeña, todas las hojas están más unidas y serán parecidas; más crece y más se alejan las hojas. Eso tiene consecuencias existenciales y psicológicas: si encontramos difícil convivir en lugares colectivos cuando somos jóvenes, imaginemos cómo aumentan las dificultades en convivir con otras personas en los asilos...

La vida en la tercera y cuarta edad es difícil por una serie de crisis y desafíos que se presentan naturalmente: **no acrecentemos el sufrimiento** con nuestros prejuicios.